

ANTONIO DIEGO HERNÁNDEZ RODRÍGUEZ\*

## REPRESENTACIÓN SACRAMENTAL DEL SACERDOTE EN LA COMPRENSIÓN DE RATZINGER Y GRESHAKE

Fecha de recepción: 02 de marzo de 2021

Fecha de aceptación: 01 de octubre de 2021

**RESUMEN:** Por la ordenación, el sacerdote representa sacramentalmente a Cristo. Por la misma ordenación, puede actuar en nombre de la Iglesia. Joseph Ratzinger y Gisbert Greshake han reflexionado sobre lo que comporta esta representación, su origen profundo y sus consecuencias concretas en la vida del ministro y en el conjunto de la Iglesia. Ambos lo hacen también con distintas posturas, pues mientras para Ratzinger la representación cristológica es la clave desde la que comprender posteriormente el ministerio eclesial, Greshake defiende que en el ministro se da una doble representación como núcleo teológico desde el que comprender e interpretar el sacerdocio. Este debate que se daba en el último cuarto del siglo pasado se presenta hoy desde la articulación de las dimensiones cristológica y pneumatológica del ministerio.

**PALABRAS CLAVE:** *in persona Ecclesiae*; *in persona Christi*; ministerio; sacramentalidad; existencia.

---

\* Universidad Pontificia Comillas: [adhernandez@comillas.edu](mailto:adhernandez@comillas.edu);  
ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-5676-135X>

### ***Sacramental Representation of the Priest in the Understanding of Ratzinger and Greshake***

**ABSTRACT:** By ordination, the priest represents Christ sacramentally. By the same ordination, he can act on behalf of the Church. Joseph Ratzinger and Gisbert Greshake have reflected on what this representation entails, its deep origin and its concrete consequences in the life of the minister and in the Church as a whole. Both also do it with different positions, because while for Ratzinger the Christological representation is the key from which to understand the ecclesial ministry later, Greshake defends that in the minister there is a double representation as theological nucleus from which to understand and interpret the priesthood. This debate that took place in the last quarter of the last century is presented today from the articulation of the christological and pneumatological dimensions of the ministry.

**KEY WORDS:** *in persona Ecclesiae*; *in persona Christi*; ministry; sacramentality; existence.

El concepto de «representación» puede ser fácilmente malinterpretado. ¿De qué manera representa el sacerdote<sup>1</sup> a Cristo? ¿Y a la Iglesia? ¿Es necesaria tal representación? ¿Ésta se hace en virtud de una *potestas* que proviene del mismo Señor o por una delegación de la comunidad cristiana para el servicio de la misma? ¿Hay posibilidad de armonizar ambas representaciones, la de Cristo y la eclesial, en la persona del sacerdote? ¿En qué forma? La respuesta a estas preguntas nos abre la perspectiva de un planteamiento más actual: ¿cómo articular las dimensiones cristológica y pneumatológica en el ejercicio del sacerdocio? Si la problemática actual en torno al oficio sacerdotal reside, entre otras cosas, en la forma concreta en que se ha de ejercer el ministerio en medio de la comunidad cristiana (dimensión pneumatológica-eclesial), la consideración de representación sacramental (dimensión cristológica-eclesial) puede ayudarnos a encontrar alguna respuesta al debate de este momento. Para ello, en un primer momento buscaremos una exposición del concepto de «representación»; seguidamente nos adentraremos en la comprensión que tienen Joseph Ratzinger y Gisbert Greshake acerca de la representación

---

<sup>1</sup> A lo largo de las siguientes páginas utilizaremos el término «sacerdote» o «ministro» en sentido análogo para referirnos fundamentalmente a los dos grados del orden que participan del sacerdocio ministerial. No contemplamos aquí la figura de los diáconos precisamente porque no participan de este sacerdocio, aun a sabiendas de que los diáconos reciben la imposición de manos «en orden al ministerio» (LG 29). Así evitamos el uso repetitivo del término «sacerdote» a lo largo del artículo utilizando el de «ministro» con el sentido que hemos indicado.

sacramental que se da en el sacerdote. Finalmente, trataremos de extraer algunas consecuencias de estas dos posturas que pueden ser útiles para la comprensión actual del sacerdocio ministerial. Para el pensamiento de Ratzinger nos fijaremos, fundamentalmente, en los artículos publicados en torno a la teología del orden y del presbiterado, recogidos en el tomo XII de su *opera omnia*. Para el de Greshake nos apoyaremos en su obra *Ser sacerdote* y en la revisión de la misma que se publicó bajo el título *Ser sacerdote hoy*<sup>2</sup>, que se articulan precisamente a partir de la conjugación de la representación cristológica y la representación eclesial.

## 1. EL CONCEPTO

Al recibir el sacramento del orden, el sacerdote queda configurado con Cristo, cabeza y pastor de la Iglesia, para hacerle presente en medio de la comunidad cristiana. Era recurrente, hasta hace no tantos años, el uso de la expresión *alter Christus* o *ipse Christus* para referirse al ordenado: otro Cristo, el mismo Cristo. El sacerdote, ontológicamente, queda unido a Jesús el Señor de tal manera que aparece ante la Iglesia como tal. Sin embargo, los extremos de esta afirmación han de ser salvados en la reflexión acerca de la representación sacramental. En cierta manera, todo cristiano hace presente a Cristo en virtud del sacramento bautismal. En esta línea se mueve la teología paulina cuando el apóstol indica que «es Cristo quien vive en mí» (Gal 2,20) o que «somos uno en Cristo» (Gal 3,28). Pero en el sacerdote este «hacer presente» adquiere una nueva dimensión, que se vincula al oficio sacerdotal (en el que se insertan el culto, el servicio comunitario y el anuncio del Evangelio). Aunque son abundantes los textos magisteriales al respecto, bástenos ahora con citar la afirmación del Concilio: «el sacerdocio de los presbíteros supone, ciertamente, los sacramentos de la iniciación cristiana, pero se confiere por un sacramento peculiar por el que los presbíteros, por la unción del Espíritu Santo, quedan marcados con un carácter especial que los configura con Cristo Sacerdote, de tal forma, que pueden obrar en nombre de Cristo Cabeza» (PO 2).

---

<sup>2</sup> Indicaremos una y otra obra por el año de edición, *Ser sacerdote* (1998) y *Ser sacerdote hoy* (2003).

Es precisamente esta expresión, «en nombre de», la que aclara el sentido de la representación sacramental. Es cierto que el sacerdote se convierte en el seno de la comunidad eclesial en «otro Cristo» (puesto que lo hace presente), pero no lo hace en una identificación exacta sin más. La distancia que hay entre el siervo y el Señor no se anula en la ordenación sacerdotal. A través del ministerio de los sacerdotes, al que Cristo ha querido ligarse mas no reducirse, el mismo Señor continúa apacentando, santificando y sirviendo a su pueblo. La célebre expresión de Agustín podría glosarse también de esta manera: cuando el sacerdote anuncia el Evangelio, es Cristo mismo quien lo anuncia<sup>3</sup>. Una identificación que no tenga presente el aspecto de la representación sacramental incurriría irremediabilmente en una deformación del ser sacerdotal y de la misma comprensión de la teología sacramental.

Ante esta cuestión, tanto Greshake como Ratzinger abordan la representación sacramental como respuesta a una incorrecta comprensión del ministerio eclesial. En efecto, en el decir de Greshake, la «representación», en torno a la que articula él su posición en la obra *Ser sacerdote*<sup>4</sup> (tanto la *repraesentatio Christi* cuanto la *repraesentatio ecclesiae*), debe comprenderse desde la equivalencia con el término «sacramento», especificando tres aspectos que deben ser tenidos en cuenta para una correcta interpretación: en primer lugar, que la representación sacramental ha de entenderse desde la fe, presupuesto absolutamente necesario para superar la distancia entre lo representado y el representante; en segundo lugar, que esta representación se lleva a cabo, fundamentalmente, mediante los actos sacramentales por los cuales se comunica la obra salvadora de Cristo; finalmente, que la representación sacramental no puede desvincularse de la existencia concreta del que tiene por tarea representar, so riesgo de hacer de tal oficio de representación algo externo a sí mismo<sup>5</sup>. Lo veremos un poco más adelante. Por ahora conformémonos con esta idea de Greshake que quiere articular el sacerdocio equilibradamente entre la representación de Cristo y la representación de la Iglesia.

Ratzinger aborda esta cuestión de ser sacerdote «en nombre de» desde una consideración más bíblica. En el artículo “La cuestión del sentido

---

<sup>3</sup> San Agustín. *In Ioannis evangelium tractatus* 6, n. 7. Vol. XIII, *Obras completas*. Madrid: BAC, 1955, 197.

<sup>4</sup> Gisbert Greshake. *Ser sacerdote*. Salamanca: Sígueme, 1998, 71ss.

<sup>5</sup> Greshake (1998), 203-204.

del ministerio sacerdotal”<sup>6</sup>, tras haber hecho un recorrido por la Carta a los Hebreos deteniéndose en la significación de que sea Cristo el sumo sacerdote de nuestra fe, afirma claramente que, a diferencia de los sacerdotes del Antiguo Testamento, que actuaban en nombre propio, los de la Nueva Alianza lo hacen siempre en nombre de Cristo. El sacerdocio cristiano es, indiscutiblemente para él, una forma de estar al servicio de Cristo. Y es así como el Señor Jesús quiere ser representado, no por un ministerio autónomo e independiente de Él, sino en profunda unión con Él. Para explicar algo más todavía esta imagen de la «representación» recurre al opuesto: el sacerdote que quiere actuar unipersonalmente en el ministerio sacerdotal se sitúa en un plano precristiano y anticristiano, el de los sacerdotes levíticos.

Tanto Ratzinger como Greshake recurren a san Agustín para sostener su afirmación. Ambos lo hacen citando el comentario al Evangelio de Juan que aborda la polémica con los donatistas que sostuvo el Padre africano<sup>7</sup>. La opinión del Obispo de Hipona es que la eficacia del sacramento no puede estar ligada al siervo, el sacerdote, sino al Señor, que es el que actúa «a través» del ministerio de los sacerdotes. Los dos autores retoman aquí la doctrina eclesial que ya había recogido Trento<sup>8</sup>: que la eficacia del sacramento no depende del que lo administra, sino de aquél a quien representa con su ministerio. De aquí podríamos obtener dos sencillas indicaciones que de alguna manera quedan contenidas en lo dicho anteriormente: por una parte, lo que esto significa para el resto de cristianos, que no están sujetos a la zozobra de la eventual ejemplaridad de aquéllos que representan sacramentalmente a Cristo; por otra, que los mismos sacerdotes se ven libres del peso de una tarea que sencillamente los terminaría por desbordar y consumir, atendida la insalvable distancia que existe entre Cristo, que lleva hoy adelante la obra de la salvación, y el sacerdote, que por el sacramento se pone al servicio del mismo y de la misma.

Hemos dicho anteriormente que ambos autores hablan de la representación sacramental del sacerdote como respuesta a una incorrecta

---

<sup>6</sup> Joseph Ratzinger. *Predicadores de la palabra y servidores de vuestra alegría*. Vol. XII, *Obras completas*. Madrid: BAC, 2014, 337ss.

<sup>7</sup> San Agustín. *In Ioannis evangelium tractatus* 5, n. 7. Vol. XIII, *Obras completas*. Madrid: BAC, 1955, 167.

<sup>8</sup> DH 1612.

comprensión del ministerio. ¿Cuáles son los peligros que señalan de este errado entendimiento? Fundamentalmente se están refiriendo ambos a una equiparación sin más entre Cristo y el sacerdote. Pero tal noción tiene otras ramificaciones que son igualmente nocivas. La nivelación de dos realidades que son sustancial y radicalmente distintas implicaría tanto un ascenso inapropiado como un descenso extemporáneo. El sacerdote se convierte por la ordenación en el hombre envidiado por los ángeles, apartado del resto de los cristianos para situarse entre las jerarquías angélicas. Según Ratzinger, la «elevada dignidad» en la que se comprendía al sacerdote ha quedado convenientemente desmitificada por el acercamiento a los textos neotestamentarios: tanto la ausencia de una imagen parecida en la primera Iglesia presente en las cartas como la exposición sobre el culto y el sacerdocio en Hebreos. También Greshake destaca precisamente lo contrario que es a la letra y al espíritu de los textos del Nuevo Testamento cualquier enfoque triunfalista y elitista del sacerdocio católico: éste es la encarnación de un servicio concreto, que se hace a la manera de Cristo, cuya existencia es, esencialmente, proexistencia. Considerar el sacerdocio en las antiguas claves de separación-santidad-privilegio-dignidad-elevación es falsear el mensaje que nos transmite la tradición apostólica primitiva recogida en la Escritura.

En la misma línea de yerro se sitúa, por natural consecuencia, el sometimiento de Cristo y de su obra a la pobre existencia de un hombre (aunque fuera el sacerdote más pródigo que pudiéramos imaginar) si Cristo y la salvación quedaran aprisionados en ella. La garantía precisamente de los sacramentos es que su eficacia no proviene, como ya indicamos, del siervo, sino del Señor. Y aunque el Señor haya querido valerse del ministerio apostólico primero y postapostólico después para obrar sacramentalmente en nuestra historia, no lo hace en el sentido de que la gracia salvífica quede sin más encapsulada en las capacidades de un sacerdote. La perspectiva angosta en que quedaría la obra de la salvación nos hace rechazar inmediatamente esta idea. A fin de cuentas, el sacerdote paga irremisiblemente el tributo de su humanidad, patente en su connatural debilidad, pobreza y condición limitada. La misma consideración nos obliga a reconocer que a nadie escapa que la magnitud de Cristo excede con mucho la limitación humana. Y he aquí, según Ratzinger, un motivo de tranquilidad para los cristianos, que no están a merced del sacerdote más o menos probo que les haya tocado en suerte. En la representación sacramental, en cierta manera, desaparece el hombre y aparece el Señor

Jesús. De tal manera que esto sucede a pesar de las trabas que aquél pueda poner y de su impertinente negativa a la adecuación de su vida al ministerio en él encarnado.

Ratzinger habla, específicamente, de un ministerio «vicario»<sup>9</sup>. Esto sería —en línea con actuar «en nombre de», según hemos venido explicando— estar «en lugar de otro». La representación impone, así, una responsabilidad doble, pues el representante tiene una misión con respecto a aquéllos «ante quienes» representa y a la vez debe dar cuentas de su oficio a Aquel «a quien» representa. La explicación que Ratzinger hace de la famosa perícopa de Mt 24,45-51 no hace sino poner nuevamente de manifiesto que, en el fondo, el servidor no tiene autoridad alguna para actuar de manera independiente, sino siempre en obediencia al amo<sup>10</sup>. La idea de la representación vicaria en Ratzinger tiene un carácter nuclear, tratada abundantemente en el tema de la sustitución sacrificial de Cristo<sup>11</sup>. En Él somos representados nosotros en el momento de la cruz. Él por nosotros y nosotros en Él<sup>12</sup>. Cristo ofrece así un ministerio de representación que continúa en los sacerdotes. Pero nuevamente destaca Ratzinger que la «mediación» sacerdotal siempre será servidora de la de Cristo. No hay, siguiendo la exposición de Ratzinger, un mediador sacerdotal que no sea directamente servidor de Cristo y de su única mediación.

«La teología paulina del apostolado permite, en principio, una comprensión del sacerdote como mediador, en cuanto que el servicio de mediación de Cristo se concreta y está representado en la acción y los padecimientos del apóstol. Pero, según esto, el sacerdote sólo es “mediador” en cuanto servidor de Cristo. Es este segundo concepto el que tiene la preeminencia. Debería incluso renunciarse al concepto de mediador en aras de la claridad»<sup>13</sup>.

---

<sup>9</sup> J. Ratzinger. “La cuestión del sentido”, 337.

<sup>10</sup> *Ibid.*, 338.

<sup>11</sup> J. Ratzinger. “Sustitución/Representación”. En *Conceptos fundamentales de la teología*, dirigido por Heinrich Fries, 726-735. Madrid: Ediciones Cristiandad, 1979. También C. Ruddy. “For the Many’: The Vicarious-Representative, Heart of Joseph Ratzinger’s Theology”. *Theological Studies* 75 (2014): 564-584.

<sup>12</sup> Joseph Ratzinger. *Introducción al cristianismo*. 9.<sup>a</sup> ed. Salamanca: Sígueme, 2001, 240.

<sup>13</sup> Joseph Ratzinger. *Teoría de los principios teológicos. Materiales para una teología fundamental*. Barcelona: Herder, 1985, 339.

Gisbert Greshake utiliza otro tipo de argumentación para su teología de la representación, aunque coincide con el mismo sentido que le otorga Ratzinger. Greshake toma de la filosofía de Heidegger la reflexión sobre los actos que se «consuman» desplegándose hasta la plenitud<sup>14</sup>. A este tipo de actos los llama el profesor alemán «praxis representativa». En ellos, el hombre no «hace» algo nuevo, sino que desde algo previamente dado posibilita la realización hasta su plenitud. El sacerdote tiene este tipo de actos en su representación sacramental pues él solamente tiene como misión el llevar adelante lo que ya «es».

«Todo el obrar sacramental del sacerdote representa, expresa y simboliza únicamente lo que Cristo mismo hace. La labor pastoral, por sí misma, no es capaz de obrar nada [...]. En una cooperación pastoral entendida de esta manera, la acción de Dios mismo llega “a la plenitud de su ser”, porque el profundísimo amor de Dios [...] se inscribe de manera visible y palpable en las estructuras experimentables de este mundo»<sup>15</sup>.

De una u otra manera, la «representación» a la que hacen referencia tanto Ratzinger como Greshake es de carácter sacramental y consistiría siempre en hacer presente a Cristo y su obrar, actuando en su nombre, pero con la plena conciencia de que es Él quien actúa. El sacerdote es servidor de Cristo, y la máxima realización de la «representación» se da cuando todo él se pone al servicio del Señor en la misión que se le ha encomendado. Hay en esto una coincidencia fundamental. Debemos adentrarnos, ahora, sobre cómo se articulan la representación cristológica y eclesial y qué postura toman uno y otro autor.

## 2. EL SACERDOTE ENTRE LA CRISTOLOGÍA Y LA ECLESIOLOGÍA

El amplio abanico de publicaciones académicas surgidas después del Vaticano II ha tomado dos comprensiones prioritarias en la reflexión sobre

---

<sup>14</sup> «Sólo se conoce el actuar como la producción de un efecto, cuya realidad se estima en función de su utilidad. Pero la esencia del actuar es el llevar a cabo. Llevar a cabo significa desplegar algo en la plenitud de su esencia, guiar hacia ella, *producere*. Por eso, en realidad sólo se puede llevar a cabo lo que ya es». Martin Heidegger. *Carta sobre el humanismo*. 4.<sup>a</sup> ed. Madrid: Alianza Editorial, 2006, 11.

<sup>15</sup> Greshake (2003), 302.

la naturaleza del sacerdocio: la cristológica y la eclesiológica. *A priori*, son dos opciones divergentes, obviamente no contrarias<sup>16</sup>. «En ella [la teología católica] nadie cuestiona la realidad de una doble dimensión, cristológica y eclesiológica, en el ministerio sacerdotal; las divergencias afectan al modo de entender su articulación y su prioridad»<sup>17</sup>. Podemos hacernos eco, por ejemplo, de la teología de Edward Schillebeeckx, Yves-Marie Congar o Severino Dianich, que sitúan el ministerio en una perspectiva claramente eclesiológica<sup>18</sup>; también de las reflexiones de Walter Kasper o Karl Rahner, en España del profesor Ponce Cuéllar, que se inclinan más hacia una comprensión cristológica del ministerio ordenado<sup>19</sup>. Gisbert Greshake y Joseph Ratzinger en sus obras toman una opción sobre la representación del sacerdote, que clásicamente se expresa con la doble fórmula *in persona Christi / in persona Ecclesiae*. Pero mientras que Greshake se inclina hacia una comprensión armonizada de ambas dimensiones, Ratzinger parece optar por la primacía de la primera. En cualquiera de los casos, los dos unifican en el ser sacerdotal la realidad de una única representación sacramental, aunque el contenido de tal representación tenga distintas implicaciones en uno y otro.

---

<sup>16</sup> J. M. Hernández Martínez. “La teología de ministerio ordenado hoy entre Escila y Caribdis”. *Proyección: Teología y mundo actual* 237 (2010): 162. Aunque Hernández Martínez plantea un problema en principio semejante al nuestro, creemos que la forma en que aquí lo abordamos tiene otras connotaciones que no mira tanto a la forma en que el ministerio se desarrolla, sino que examina dónde tiene su origen y a cuál se otorgaría la prioridad.

<sup>17</sup> S. del Cura. “En la fuerza del Espíritu Santo: dinamismo pneumatológico y espiritualidad sacerdotal”. *Theologica* 45, n.º 1 (2010): 78.

<sup>18</sup> Edward Schillebeeckx. *El ministerio eclesial. Responsables en la comunidad cristiana*. Madrid: Cristiandad, 1983. Yves-Marie Congar. *Ministerios y comunión eclesial*. Madrid: Fax, 1973. Severino Dianich. *Teología del ministerio ordenado. Una interpretación eclesiológica*. Madrid: Ediciones Paulinas, 1988.

<sup>19</sup> W. Kasper. “Tesis sobre el ministerio sacerdotal”. *Selecciones de Teología* 11, n.º 43 (1972): 293-295. Id. “Ser y misión del sacerdote”. *Selecciones de Teología* 19, n.º 75 (1980): 243-251; si bien las posiciones del cardenal Kasper han evolucionado hacia una comprensión más eclesiológica del ministerio, especialmente en su teología ecuménica, como podemos observar, por ejemplo, en Walter Kasper. *La unidad en Jesucristo. Escritos de ecumenismo II*. Santander: Sal Terrae, 2016. Karl Rahner. *Siervos de Cristo. Meditaciones en torno al sacerdocio*. Barcelona: Herder, 1969. M. Ponce Cuéllar. “El fundamento cristológico del sacerdocio ministerial”. *Scripta Theologica* 52 (2020): 465-490.

## 2.1. EL MINISTERIO COMO REPRESENTACIÓN CRISTOLÓGICA. LA COMPRENSIÓN DE RATZINGER

En la teología de Ratzinger tiene un enorme peso la fuente escriturística. Es por eso que su fundamentación del ministerio eclesial debe anclarse, en primer lugar, a los textos neotestamentarios. En ellos encuentra el teólogo bávaro la base de su argumentación que pudiéramos resumir así: el ministerio de Cristo ha pasado a los apóstoles y, a través de ellos, a los obispos-presbíteros. Hay un ministerio apostólico que es transmitido a los obispos y a los presbíteros. Así lo infiere de los pasajes de Hechos 20,28, donde Pablo se despide de los presbíteros de Mileto llamándoles «obispos» (identificando así ambos términos: presbítero-obispo)<sup>20</sup> y de la primera carta de Pedro (5,1-4) donde el apóstol se designa como «copresbítero». Siguiendo pues, el sentido descendente de la sucesión, vemos que la afirmación de Ratzinger es, por lo tanto, que el ministerio de Cristo ha pasado a los presbíteros. La plena conciencia de que éste había pasado a los apóstoles (por el que llega posteriormente a los obispos-presbíteros) la encuentra en diversos textos del Nuevo Testamento. Así toma, por ejemplo, la recomendación de Pablo a los cristianos de Corinto: «nosotros actuamos como enviados de Cristo, y es como si Dios mismo os exhortara por medio de nosotros» (2Cor 5,20). Esta clara vinculación cristológica del ministerio apostólico la descubre Ratzinger también en 1Cor 4,1, donde Pablo se refiere a los apóstoles como «servidores de Cristo»<sup>21</sup>.

En otro escrito<sup>22</sup> añade también la imagen del sacerdote como «mediador» de Cristo. Aunque, como explica el que fuera obispo de Munich, el término «mediador» es poco usual en el lenguaje del Nuevo Testamento, la reflexión posterior la ha tomado como forma para explicar las verdades de la fe. Además, en las seis veces en que se utiliza, no tiene tampoco un sentido unívoco. Se esfuerza nuestro autor en demostrar que en Cristo se da una mediación especial, en tanto en cuanto él es, ante todo, la inmediatez de Dios. Será la Carta a los Hebreos la que utilice el término en el sentido en que lo utiliza la teología.

---

<sup>20</sup> Ratzinger. *Predicadores de la palabra*, 14.

<sup>21</sup> Ratzinger. *Predicadores de la palabra*, 12.

<sup>22</sup> J. Ratzinger. "El sacerdote como servidor y mediador de Cristo". En *Predicadores de la palabra*, 80ss.

«La Carta a los Hebreos entiende su teología de la mediación de Cristo como teología del sacerdocio de Cristo. El hecho de que Cristo sea mediador en un sentido pleno y verdadero, que cruce la cortina de lo creado, de las fronteras de este mundo, y llegue hasta Dios, significa a la vez que Él es el sacerdote auténtico, único real y verdadero. En la Carta a los Hebreos acaban por confluir, en definitiva, los conceptos de sacerdote y mediador»<sup>23</sup>.

Si se afirma que los sacerdotes son mediadores, lo serán en una única relación hacia Cristo. El sacerdote es mediador porque en él es el Señor el que actúa; su centro de referencia siempre será Cristo, eje en el que se encuentran la acción de los apóstoles y el designio salvífico de Dios, y que se puede ver en la estructura de Jn 20,21: «Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo». La auténtica mediación de los apóstoles será aquella en la que prestan su vida a la misión primigenia del Hijo, pues su propia misión apostólica no es sino servicio a aquella<sup>24</sup>. El pensamiento paulino al respecto también es tenido en cuenta por Ratzinger. Y si bien Pablo establece un paralelismo entre el ministerio de Moisés y el del apóstol, vuelve a girar en torno al eje cristológico. Mientras que la figura de Moisés (mediador por excelencia en el A. T.) esperaba la realidad contenida en Cristo, ahora el apóstol está vinculado directamente al verdadero mediador, que ha ejercido la mediación con Dios obrando la reconciliación entre éste y los hombres (2Cor 5,20); el ministerio que desempeñan, del espíritu y de la justicia (2Cor 3,7-9), es también, precisamente, ministerio de reconciliación que realiza «como enviado de Cristo». En las conclusiones de este artículo resalta, como no podía ser de otra manera, la vinculación del ministerio sacerdotal con Cristo en tanto que mediación (según el sentido ya expuesto, es decir, ordenado al ministerio de mediación de Jesucristo).

Un último punto de nuestro estudio, referente a la fundamentación cristológica, lo encontramos en un libro que recoge varios artículos suyos<sup>25</sup>. Aquí desarrollará otra idea interesante, que se encuentra además en lo que Ratzinger define como la esencia del ministerio: la evangelización<sup>26</sup>.

---

<sup>23</sup> Ratzinger. "El sacerdote como servidor", 82.

<sup>24</sup> Ratzinger. "El sacerdote como servidor", 86.

<sup>25</sup> J. Ratzinger. "Ministerio y vida del sacerdote". En *Convocados en el camino de la fe*. Madrid: Cristiandad, 2004, 159-180.

<sup>26</sup> Comentando el número 4 de *Presbyterorum Ordinis* sobre la tarea de predicar la Palabra, afirma: «La Iglesia es la multitud de quienes se reúnen en torno a

En efecto, para nuestro autor la proclamación de la buena noticia es el núcleo del mandato apostólico. Ahora bien, en los cuatro evangelios «palabra» y «signos» están intrínsecamente unidos. Esta unión se ha dado, primordialmente, en Cristo. Él es la Palabra hecha carne. Y su predicación, que anuncia el Reino, se completa con los signos que lo hacen presente. Ante esto, el profesor bávaro se pregunta qué es, concretamente, evangelizar. Su respuesta, evidentemente, remite a la acción de Cristo:

«Él anuncia el Reino de Dios; lo hace, sobre todo, con parábolas, y también en la forma de signos, en los que adviene ese Reino sobre los hombres como poder actual. Palabra y signos son inseparables. Donde los signos son vistos como meros milagros, sin su mensaje, Jesús interrumpe su actuación. Pero tampoco permite que su predicación sea considerada como mero asunto intelectual, como materia para debates: su palabra exige decisión, produce realidad. Es, en este sentido, palabra “encarnada”; la correspondencia de palabra y signo muestra la estructura “sacramental”»<sup>27</sup>.

Hemos dicho que Ratzinger prima la representación cristológica en el sacerdocio, pero no quedaría completa su visión si no atendiéramos también a la íntima relación que en su pensamiento tiene la cristología con la eclesiología y que el alemán muestra a partir de la dimensión comunitaria de la fe y de la inserción en una colegialidad, inherente a la misión sacerdotal<sup>28</sup>. Sin embargo, dado que la referencia primera es de carácter cristológico, para Ratzinger hay un aspecto que, en cierta manera, permite colocar en un nivel derivado el aspecto eclesiológico del ministerio: Cristo jamás se consideró a sí mismo como un delegado de las necesidades del pueblo o un representante del mismo surgido de una elección popular. Su conciencia plena es la de ser enviado por el Padre y estar sujeto a la voluntad de éste, de tal manera que Cristo no viene a cumplir sino la misión que se le ha encomendado<sup>29</sup>. Puesto que ya hemos

---

esta llamada, en torno al *Logos incarnatus*. Desde esta perspectiva los conceptos de “evangelizatio” y “evangelizare” se convierten en las palabras claves de nuestro texto. Podemos afirmar, pues: La idea de evangelización es el punto clave en función del cual el decreto del Concilio diseña y concibe el ministerio sacerdotal». Ratzinger. “La cuestión del sentido”, 343.

<sup>27</sup> Ratzinger: “Ministerio y vida”, 164.

<sup>28</sup> Ratzinger: “Ministerio y vida”, 171-173. También J. Ratzinger: “El ministerio espiritual y la unidad de la Iglesia”. En *Predicadores de la palabra*, 34.

<sup>29</sup> Ratzinger: “El ministerio espiritual”, 25.

reflejado anteriormente la correlación que hay entre el envío de Jesús y el envío de los apóstoles, podremos comprender por qué toda referencia ministerial tiene por fundamento esta transmisión del encargo hecho por el Padre a Cristo.

Deberíamos preguntarnos, entonces, cómo se articula en el pensamiento de Ratzinger la representación sacramental del sacerdote en cuanto ministro de la Iglesia. Para él tal aspecto está contenido en la obediencia eclesial<sup>30</sup>. Es precisamente en este aspecto donde el servicio ministerial o el «ministerio espiritual» como lo llama Ratzinger encuentra una raíz trinitaria clara, pues la obediencia respeta siempre la natural pluralidad de los distintos, pero integrando en la unidad episcopal (el colegio) a la única Iglesia de Cristo<sup>31</sup>. Los sacerdotes muestran así su participación eclesial al obedecer al cuerpo de Cristo, a Cristo en su cuerpo, y que cristaliza en la obediencia al obispo<sup>32</sup>. También ellos, como apuntamos, se inscriben en el *corpus* eclesial a través de la inserción en la obediencia colegial, estructura que además aglutina al presbiterio de un obispo y a la comunidad cristiana, pues nunca se es cristiano a solas. Ratzinger cita a san Cipriano de Cartago:

«*Nihil sine episcopo* (nada sin el obispo); la exigencia de apertura y de unidad de la Iglesia local bajo el obispo alcanza en él, en lucha contra las comunidades electoras y la formación de grupos, su más extrema agudeza y claridad. Pero el mismo Cipriano declara frente a

---

<sup>30</sup> «El ministerio episcopal se da, por su misma esencia, siempre en plural, en un “nosotros”, que entonces da todo su valor al yo particular. Entrar en el ministerio espiritual, al que está confiada la solicitud por el orden en la Iglesia de Dios, significa insertarse en un “nosotros” que prolonga como conjunto la herencia apostólica. El carácter comunitario, el estar ligados entre sí, el tener consideración unos con otros, el obrar en colaboración, pertenece a la estructura esencial del ministerio en la Iglesia». J. Ratzinger. “Implicaciones sobre la colegialidad de los obispos”. En *Predicadores de la palabra*, 219.

<sup>31</sup> «Tal vez debemos decir que esta constitución plural de la existencia cristiana y del ministerio espiritual, de la que se quiere hablar aquí, se remonta en su profundidad última al misterio del Dios trino, a una imagen de Dios en la que el Dios uno y eterno, sin perjuicio de su unidad y unicidad indivisible, abarca el nosotros del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. [...] Si, por una parte, la estructura plural de este ministerio está referida al misterio fundamental del Dios uno en el nosotros de las tres personas, también está, por otra parte, ordenada al nosotros de toda la Iglesia y es una imagen de su fraternidad». “Implicaciones sobre la colegialidad de los obispos”. En *Predicadores de la palabra*, 219-220.

<sup>32</sup> Ratzinger. “Ministerio y vida”, 172.

su presbiterio: “nihil sine consilio vestro” (nada sin vuestro consejo), y con la misma claridad dice a su comunidad: “nihil sine consensu plebis” (nada sin el consenso del pueblo)<sup>33</sup>.

Comentando en otro lugar el número 5 de *Presbyterorum Ordinis*, retoma esta idea de la obediencia que se da en el ministerio y que forma parte de la dimensión eclesial del mismo. El argumentario es coincidente, ahora articulado en torno a la celebración sacramental (tal como lo propone el documento del Concilio<sup>34</sup>) y a la forma en que el presbítero hace presente «en cierto modo» al obispo, lo que confirmaría que por el sacramento se ha insertado en una realidad que lo vincula de manera jerárquica al *episcopo* y que tal vinculación explícita, precisamente, la unidad eclesial. «Al ministerio presbiteral, junto con el oficio de guiar (“presidir” = *praesse*, dice el texto), que en primer lugar le es propio, al mismo tiempo le es esencial la dependencia, la subordinación a la unidad mayor de la Iglesia episcopal»<sup>35</sup>. Concluye con la idea expuesta anteriormente: este tipo de obediencia, que se da tanto en la subordinación de los presbíteros a los obispos, como en la de éstos al colegio episcopal (que es encabezado por su centro, el obispo de Roma), no es sino «la expresión sacramental de la necesaria unidad de los ministerios eclesiásticos en la pluralidad de la Iglesia una»<sup>36</sup>.

## 2.2. LA DOBLE REPRESENTACIÓN SACRAMENTAL. LA COMPRENSIÓN DE GRESHAKE

En el prólogo de su obra *Ser sacerdote hoy*, Gisbert Greshake expone la disyuntiva en que se encuentra quien se acerque a las distintas reflexiones sobre el ministerio ordenado. Ya hemos aludido a ello más arriba. En estos términos plantea el dilema el que fuera asistente de Kasper:

<sup>33</sup> J. Ratzinger. “¿Democratización en la Iglesia?”. En *Predicadores de la palabra*, 156.

<sup>34</sup> «En la administración de todos los sacramentos, como atestigua san Ignacio Mártir, ya en los primeros tiempos de la Iglesia, los presbíteros se unen jerárquicamente con el obispo, y así lo hacen presente en cierto modo en cada una de las asambleas de los fieles» (PO 5).

<sup>35</sup> J. Ratzinger. “La cuestión del sentido del ministerio sacerdotal”. En *Predicadores de la palabra*, 350.

<sup>36</sup> *Ibid.*, 351.

«¿Soy sacerdote *de la Iglesia* o soy sacerdote *de Jesucristo*? ¿Consistirá mi ministerio en que, por medio de la ordenación, me fueron delegadas por la comunidad/la Iglesia determinadas tareas y funciones, o consistirá en que el Señor mismo (por medio de la ordenación) me ha llamado, encargado y capacitado para ser el mediador de su obra salvífica ante los demás cristianos?»<sup>37</sup>.

La forma en que Greshake tratará de resolver esta comprensión dialéctica del sacerdocio (y obviamente de la representación sacramental que en él se da) será a través de una comprensión armónica y equilibrada de ambos elementos. En la obra de 1998, *Ser sacerdote*, el mismo Greshake indica que el elemento clave para comprender lo que significa el ministerio se encuentra en la articulación de la doble representación: «Ser sacerdote tiene un núcleo teológico: el esclarecimiento de la doble “representación” del ministerio, es decir: el ministerio como “repraesentatio Christi” y como “repraesentatio Ecclesiae”; no son formas yuxtapuestas sin nexo alguno, sino que se conjugan en el plano trinitario»<sup>38</sup>.

Antes de entrar en la significación teológica de la representación sacramental de Cristo, el autor ha expuesto el dato bíblico. Coincide con Ratzinger<sup>39</sup> en entender la llamada-envío como el eje sobre el que basculan el ministerio apostólico y postapostólico<sup>40</sup>. Así lo ve realizado en Pablo, ejemplo de ministerio apostólico. El Apóstol de los gentiles se sabe llamado por el Señor (Gal 1,1) y en su nombre (2Cor 5,20) desarrolla la misión que se le ha encomendado ante la comunidad cristiana. Siguiendo esta lógica argumentativa, también coincide con Ratzinger en que «el ministerio apostólico se fundamenta a partir de Cristo; es, por su misma esencia, transmisión “representante” de la misión de Cristo por medio de la persona enviada con autoridad»<sup>41</sup>. Y también lo es el postapostólico, pues aun siendo toda la Iglesia un pueblo sacerdotal, en ella hay algo que remite constantemente a Cristo: los sacramentos. En el signo sacramental del orden la presencia de Cristo Pastor se hace concreta, palpable, a través de sus representantes, en el mismo sentido en que Pablo se hacía presente en las comunidades no solamente a través de sus cartas, sino

---

<sup>37</sup> Gisbert Greshake. *Ser sacerdote hoy*. Salamanca: Sígueme, 2003, 9-10.

<sup>38</sup> Greshake (1998), 202-203.

<sup>39</sup> Ratzinger. “La cuestión del sentido”, 331.

<sup>40</sup> Greshake (2003), 74.

<sup>41</sup> *Ibid.*, 89.

también de sus enviados<sup>42</sup>. Pero Greshake va un poco más allá que Ratzinger para situar al ministro en el marco eclesial. Tal vez sea aquí donde el autor de *Ser sacerdote* más claramente busque el equilibrio entre los dos elementos, el cristológico y el eclesiológico: «El ministerio postapostólico tiene enteramente sus raíces *en la Iglesia*, surge *con ella* y se encuentra *en ella*»<sup>43</sup>. Afirmará ya claramente un poco más adelante:

«Los que representan la “precedencia” apostólica son a la vez e igualmente representantes y embajadores de Cristo, los cuales, por ello, se encuentran en una doble vinculación: están ligados al fundamento apostólico de la Iglesia y lo están también al Señor que los envía y les da poderes por medio de la ordenación»<sup>44</sup>.

Un último dato bíblico, coincidente con los textos manejados por Ratzinger, tiene que ver con la identificación que se hace entre el apóstol y el obispo (Hch 20,28ss) y entre el apóstol y el presbítero (según el texto de 1Pe 5,1). Al igual que el bávaro, Greshake ve aquí la continuidad entre el ministerio apostólico y el postapostólico. En tal servicio ministerial está presente la acción de Cristo mismo, que a través de él continúa edificando su cuerpo. Ahora bien, en la opinión del autor, sería inútil tratar de explicar, a partir únicamente de los datos del Nuevo Testamento, el paso del ministerio apostólico al postapostólico, dado que la doctrina sobre el sacramento del orden no se ha desarrollado de manera sistemática en los escritos neotestamentarios y que no son suficientes las referencias que aparecen para justificar la transición entre uno y otro. Lo que sí afirma Greshake es que entre el periodo inmediatamente postapostólico y la uniformidad de la comprensión del ministerio que se extendería ya antes de concluir el siglo I y que estaría fijada de manera general en la segunda mitad del siglo II, corre un tiempo extremadamente corto para tal tipo de institucionalización. La explicación habría que buscarla en la conexión con los datos aportados en el Nuevo Testamento y en la misma acción del Espíritu en su Iglesia.

«Después de tan sólo unos pocos años, en los que predominan el pluralismo y la amplitud de variaciones en las estructuras del ministerio, se presenta el ministerio postapostólico como una entidad uniformemente perfilada, que se halla en continuidad obvia con el ministerio apostólico y que es aceptado como tal»<sup>45</sup>.

---

<sup>42</sup> Ibid., 96.

<sup>43</sup> Ibid., 97.

<sup>44</sup> Ibid., 98.

<sup>45</sup> Greshake (2003), 103.

Esclarecida la fundamentación bíblica, nos adentraremos directamente en lo que llama Greshake «significación teológica del ministerio como representación de Cristo». De lo dicho hasta el momento tenemos que hacer uso para acercarnos a la mente del autor en tanto en cuanto la *repraesentatio Christi* es uno de los dos contenidos basales para comprender el ministerio sacerdotal. Prescindiremos ahora de la forma en que entiende la «representación», puesto que ya la hemos descrito más arriba. Nos interesa, más bien, contemplar el contenido de la *repraesentatio* que sugiere Greshake. Él estructura en tres aspectos esta categoría, siendo el primero de todos ser «signo de Cristo». El ministro hace presente en la Iglesia y para la Iglesia a Cristo. Y esta concepción no es únicamente asumida por los católicos, sino que también en distintos documentos de carácter ecuménico aparece reflejada<sup>46</sup>. Por lo tanto, el propósito de tal ministerio representativo será recordar a la Iglesia que sólo uno es su Señor. Por eso se precisa la acción sacramental y no simplemente una delegación comunitaria para ejercer el ministerio. La necesidad de la ordenación (en tanto que acción de Cristo en el sacramento) pone de relieve que la Iglesia espera de su Señor al enviado capaz de obrar en su nombre. No son sus cualidades o su valer lo que edifica la Iglesia, sino la acción operante de Cristo representado por el ministro<sup>47</sup>.

El segundo aspecto es que la Iglesia remite, pues, a otro que está fuera de sí misma, puesto que ella no existe ni por sí misma ni para sí misma. Y he aquí un rasgo propio de la representación de Cristo por parte del ministro: también él remite a otro, y jamás hacia sí mismo. Junto a Ratzinger, Greshake concibe también el ministerio de manera vicaria<sup>48</sup> en tanto en cuanto remite a Cristo. De cara a los cristianos, el ministerio se ejerce al estilo de Cristo, en entrega total desde el servicio. Esto implicaría «representar» con la vida concreta del ministro la práctica de servicio del Maestro. En la misma reflexión deja claro que sería una forma abiertamente contraria a tal *repraesentatio* el ejercicio autoritario del ministerio, el abuso de poder con el que remitiría a sí mismo y a sus caprichos. En un giro bíblico, Greshake recurre nuevamente al testimonio paulino que queda reflejado en sus cartas: el apóstol ha vivido la «esclavitud» propia

---

<sup>46</sup> Greshake (2003), 122.

<sup>47</sup> Greshake (2003), 126. En esta misma línea también G. Greshake. “Ser padre numa Igreja em transformação”. *Theologica* 45, n.º 1 (2010): 33.

<sup>48</sup> Ratzinger. “La cuestión del sentido”, 337-339. Greshake (2003), 127.

del ministerio y así ha hecho presente a Cristo, que no ha venido a ser servido sino a servir. Y en línea con la teología de san Agustín, recuerda que es inherente a la representación sacramental de Cristo un ministerio de servicio en sencillez<sup>49</sup>.

El tercer aspecto es la puntualización que el autor realiza casi como advertencia ante una comprensión desmesurada de la representación sacramental:

«La representación ministerial de Cristo no se realiza como una manera de hacer presente a Cristo en su propia sustancia, de tal manera que el sacerdote, por su esencia fuera un “segundo Cristo”, y su potestad ministerial fuese una “posesión óptica”, que se extendiera a todos los ámbitos de la vida. No, sino que el sacerdote transmite la obra salvífica de Cristo en determinadas *acciones*, bien perfiladas, que son un signo sacramental»<sup>50</sup>.

Aunque Greshake es consciente de que el sacerdote lo «es» más allá de las funciones, sin embargo, la clave representativa lo relaciona una y otra vez con los actos salvíficos, con las situaciones sacramentales básicas que conocemos como triple oficio (*triplex munus*<sup>51</sup>). Al anunciar el Evangelio, celebrar los sacramentos y guiar a la comunidad cristiana, el ministro ejerce la representación dentro de los ámbitos en que le son propios a su oficio, y que en cierta manera neutraliza una pretensión disonante con la naturaleza del mismo sacerdocio entendido en clave evangélica. Así, toda identificación sin los debidos matices apuntados conllevaría una desnaturalización de la representación sacramental de Cristo que se da en el ministerio.

El segundo eje del ministerio como representación sacramental es la *repraesentatio Ecclesiae*. La exposición de Greshake es diáfana desde un principio. Su argumentación, además, incluye un recorrido sucinto por

<sup>49</sup> Greshake (2003), 129.

<sup>50</sup> Greshake (2003), 130.

<sup>51</sup> Al comienzo del capítulo II de *Presbyterorum Ordinis* se indican estas tres funciones de los presbíteros (nn. 4, 5 y 6) que, por otra parte, son funciones de todos los bautizados, aunque se realicen de manera distinta en cada uno de ellos: «Son fieles cristianos quienes, incorporados a Cristo por el bautismo, se integran en el pueblo de Dios, y hechos partícipes a su modo por esta razón de la *función sacerdotal, profética y real de Cristo, cada uno según su propia condición*, son llamados a desempeñar la misión que Dios encomendó cumplir a la Iglesia en el mundo» (CIC 204, §1; subrayado mío).

la historia de la teología para hablar de la doble representación. Conviene hacer notar que él mismo explica su pensamiento ante las críticas que ha recibido su obra en la edición de 1998<sup>52</sup>. Sin embargo, el sencillo postulado de su comprensión ministerial queda suficientemente expuesto así:

«El ministerio no es sólo ministerio de Jesucristo, sino también ministerio de la Iglesia; el sacerdote no sólo es instrumento del Señor exaltado, sino también órgano de la comunidad. [...] Por eso nuestras reflexiones, que hasta ahora estaban centradas principalmente en sentido cristológico, debemos continuarlas en una dirección enteramente nueva, a fin de que adquieran el debido equilibrio»<sup>53</sup>.

Al presentar el ministerio como representación de la Iglesia, el autor hace un breve recorrido por los momentos históricos de la reflexión teológica en que se encuentra esta idea asentada: el sacerdote es ministro de la Iglesia. Partiendo de la imagen de la «personalidad corporativa» en la mentalidad del mundo clásico, se explica la importancia que tiene, por ejemplo, el grupo de los Doce como representación de todo el pueblo de Dios. En Pablo se ve claramente que su actuación está marcada por el representar a la Iglesia. Su representación no se sitúa, únicamente, en el orden cristológico, según ya Greshake ha mostrado, sino también en el eclesial, puesto que en su hablar va implícita y explícitamente el hablar de la Iglesia<sup>54</sup> (en esta línea interpreta el autor la subida de Pablo a Jerusalén, para que su predicación esté en comunión con la de la Iglesia, más allá de la autoconciencia de Pablo de haber sido elegido apóstol por el Señor). Así también el obispo es representante de la Iglesia, pues sin que constituya por sí solo al cuerpo eclesial, lo hace presente en su persona<sup>55</sup>.

La representación eclesial en la reflexión medieval se da, según el profesor Greshake, por la cuestión acerca de la validez de la consagración eucarística hecha por un sacerdote hereje, excomulgado o suspendido<sup>56</sup>. La opinión de Pedro Lombardo y de otros teólogos de la época es que, al haber roto el vínculo con la Iglesia, no se produce tal consagración. Santo Tomás, en una postura menos extrema, indica que, puesto que la consagración se realiza en virtud de la *repraesentatio Christi*, el sacramento

---

<sup>52</sup> Greshake (1998), 201-205.

<sup>53</sup> Greshake (2003), 149-150.

<sup>54</sup> Greshake (1998), 92.

<sup>55</sup> *Ibid.*, 93.

<sup>56</sup> *Ibid.*, 94.

sería válido. Pero considerando también que el sacerdote ofrece el sacrificio «de» la Iglesia, al haber roto la unión con ella, el sacramento sería nulo. En esta línea, todo sacramento apunta entonces hacia la unidad del cuerpo místico; al ser celebrado por un sacerdote no unido a la Iglesia su «eficacia» quedaría anulada, y aun siendo «válida» la consagración, sería ineficaz con respecto al provecho de la comunidad en el orden de la comunión de los cristianos con Dios y entre sí y también en el orden salvífico; siendo la *res sacramenti* de la eucaristía la unidad de los cristianos entre sí y con Cristo, la acción de un sacerdote que no representa a la Iglesia oferente (dimensión anabática o ascendente) es ineficaz<sup>57</sup>.

El pensamiento jurídico de la alta escolástica, según el autor, y las posteriores reflexiones tridentinas ubicaron el aspecto eclesial de la ministerialidad en el ámbito de la «autorización» por parte de la Iglesia para ejercer el ministerio. Serían las encíclicas de Pío XII (*Mystici Corporis y Mediator Dei*) las que retomaran la articulación tomista hasta que el Vaticano II condensara la doble representación ministerial en el número 10 de LG<sup>58</sup>.

Hasta aquí llega el recorrido histórico. Al acercarnos ahora al ministerio como representación de la Iglesia nos encontramos con la fundamentación trinitaria que expone Greshake. Ya habíamos indicado anteriormente su conexión con Ratzinger acerca de la importancia del «envío» de los ministros, que ambos consideran el corazón mismo y la razón de ser del ministerio. Pues bien, en esta misma línea de la «misión», se fija el autor en las misiones trinitarias: la del Hijo y la del Espíritu. Ambas conforman un todo; una y otra remiten, a su vez, al Padre. La vida del creyente y la vida de la Iglesia toda reflejan este dinamismo:

«Contemplada cristológicamente, esto es, desde Jesucristo y su misión, la Iglesia es “esposa de Cristo”, aglutinada por él en una “congregatio fidelium” que se orientan en su figura y dejan que ésa se grave en ellos —desde fuera, por decirlo así—. Pneumatológicamente, es decir, a la luz de la acción unificadora del Espíritu, la Iglesia es “cuerpo de Cristo” que irradia su gloria desde dentro y presenta a Cristo en su figura perfecta»<sup>59</sup>.

<sup>57</sup> Ibid., 95-98.

<sup>58</sup> Tal como lo cita Greshake: «El sacerdocio ministerial [...] realiza como representante de Cristo el sacrificio eucarístico y lo ofrece a Dios en nombre de todo el pueblo». Ibid., 99.

<sup>59</sup> Ibid., 101.

Esta acción de Cristo sobre su Iglesia y del Espíritu desde dentro de ella es paradigma para el ministerio: él se sitúa ante los creyentes para continuar, en nombre del Señor, el enviado del Padre, la obra de santificación, enseñanza y guía; pero también, en continuidad con la obra del Espíritu, congrega, preside y ofrece la alabanza de los cristianos al Padre. Greshake muestra, entonces, cómo el ministerio participa de este aspecto trinitario. Es más, este ministerio debe comprenderse a partir del Padre «que envía a Cristo y al Espíritu en unidad inseparable para fundar su pueblo»<sup>60</sup>. Y, por esto precisamente, el ministerio encuentra su ámbito de acción en el seno de la Iglesia, que se sabe «representada» por sus ministros. La comunidad cristiana es, por lo tanto, el «contexto vital» de la mediación sacramental<sup>61</sup>. Greshake introduce así la dimensión trinitaria del ministerio en clara relación con la dimensión trinitaria de la misma Iglesia. Ésta es pueblo de Dios que se encamina hacia el Padre por Cristo en el Espíritu. Parece lógico, en esta perspectiva, que el ministerio «de» la Iglesia y «en» la Iglesia guarde una estructura también trinitaria. Aún más allá, si el ministerio «ante» la comunidad eclesial tiene su origen en el envío de Cristo por el Padre (y posteriormente en el envío apostólico y postapostólico)<sup>62</sup>, el ministerio «desde» la Iglesia tiene un origen pneumatológico, pues es el Espíritu el que suscita el ministerio en el cuerpo de Cristo para ofrecerse al Padre.

«El ministerio sacerdotal está caracterizado también por la estructura trinitaria de la Iglesia. *Cristológicamente*, el ministerio —en virtud de la misión y de la ordenación— está destinado a transmitir sacramentalmente la obra de Cristo, creadora de unidad, por medio de la palabra, la santificación y la instrucción. Y así, el ministro actúa *in persona Christi* y representa ante los demás bautizados al Señor de la Iglesia. *Pneumatológicamente*, en cambio, el ministro se halla en medio de la estructura vital de la Iglesia como órgano ministerial *de la misma*»<sup>63</sup>.

Para Greshake, el ministerio incluye así la *repraesentatio Christi* (haciendo presente en la Iglesia y para la Iglesia a su cabeza) a la vez que *in persona ecclesiae* representa al cuerpo de Cristo «unido por el Espíritu

---

<sup>60</sup> Ibid., 102.

<sup>61</sup> Ibid., 104.

<sup>62</sup> Greshake (2003), 159.

<sup>63</sup> Ibid., 161.

y henchido por él»<sup>64</sup>. Como ambas representaciones tienen una relación basilar con la Trinidad, en su opinión es indistinta tomar una u otra para comprender el ministerio, pues necesariamente habrán de encontrarse. Partiendo de la representación cristológica se deberá tener en cuenta que el propósito de la misma es el deseo de Cristo de formar un cuerpo (la Iglesia) que esté abierta a su acción sobre ella (por medio del ministerio). Tomando como punto de partida la representación eclesial, rápidamente se comprenderá que la comunidad, sin su Cabeza, no puede hacer nada más que esperar a que Cristo la santifique a través de la mediación sacramental (a la que pertenece también el ministerio eclesiástico). «Sin la fe de la Iglesia —una fe obrada por el Espíritu—, el sacerdote no podría en absoluto representar a Cristo, ya que la palabra y la acción de Cristo presuponen la fe [...]. Ahora bien, inversamente, el Espíritu, por medio de la mediación sacramental que el ministerio hace de Cristo, encuentra la fisonomía y la expresividad que le corresponden»<sup>65</sup>.

Aun que todavía Greshake se extiende un poco más en las explicaciones acerca de la representación sacramental de la Iglesia por parte del ministro (tensión trinitaria —como relación a la que aspiran el ministro y la comunidad— y conflictos humanos —la distanciamiento que puede darse entre ambos—; el ejercicio del ministerio y el asentimiento de la comunidad; la adecuada relación entre ministerio y carisma), nos parece que lo central de su postura ha quedado recogido en lo que hemos expuesto, por lo que pasaremos, finalmente, a extraer algunas implicaciones que tiene todo esto en el hoy del ministerio.

### 3. BALANCE E IMPLICACIONES EN LA REFLEXIÓN ACTUAL SOBRE EL MINISTERIO

Por lo que hemos visto hasta aquí, los dos autores coinciden en el núcleo del significado de la «representación sacramental». Para ambos, el sacerdote actúa «en nombre de», nunca por sí mismo. La relación de dependencia es de tal magnitud que sin este remitir constantemente más allá de sí, el ministerio dejaría de ser «servicio» (*ministerium*). La transparencia sacramental consistiría, en expresión de Ratzinger, en ser «voz» de

---

<sup>64</sup> Ibid., 163.

<sup>65</sup> Ibid., 165.

la «Palabra», pues el servicio que se presta tiene que ver con esta mengua joánica para dejar espacio al que viene detrás<sup>66</sup>. Greshake, por su parte, abundará en esta misma idea al recordar que la sacramentalidad recuerda constantemente que la esperanza no se deposita en un hombre, sino en el Señor que actúa a través del hombre ordenado. Para uno y otro el valor último de la representación es que esta realidad sacramental<sup>67</sup> posibilita la acción salvífica más allá de la persona del ministro. La coincidencia en este punto es tal que ambos recogen el pensamiento de san Agustín sobre el siervo que vive en relación dependiente del Señor<sup>68</sup>. A fin de cuentas, no se trata de una postura distinta a la que sostienen diversos autores de la segunda mitad del siglo XX<sup>69</sup>. La representación que se ejerce a partir de la ordenación sacerdotal (raíz sacramental) tiene como base el oficio «en nombre de» y «al servicio de».

Esta alteridad radical del ministerio encierra un “en sí” del sacramento, que tiene que ver con su naturaleza cristológica. El sacerdote se convierte, por la ordenación, en aquél que sirve al Señor siendo mediación sacramental suya. De hecho, esta peculiar forma de expropiación (recogida en el sentir de Pablo en la carta a los Gálatas 2,20 —«yo, mas no yo»—) es particularmente paradigmática si se pone en relación con lo que Ratzinger afirma que es la esencia del sacerdocio: ser enviado. A partir del envío del Señor tendrá después lugar el envío de los apóstoles. La plena conciencia de Jesús acerca de ser enviado del Padre, de cumplir con una misión que le viene de lo alto, de traer una doctrina que no es suya,

---

<sup>66</sup> Ratzinger. “Ministerio y vida”, 167-170.

<sup>67</sup> «Las cosas visibles, que ya por su misma naturaleza creada manifiestan una clara permeabilidad al Dios creador, adquieren ahora un nuevo significado decisivo para la existencia, son introducidas en el contexto de la historia de Cristo y son transformadas en *instrumentos para la mediación* de ese nuevo contexto histórico». Aunque Ratzinger lo trata aquí en un sentido mucho más amplio, la afirmación central está suficientemente contenida: por el sacramento se opera una transformación que convierte en instrumento de mediación al ministro. J. Ratzinger. “La fundamentación sacramental de la existencia cristiana”. En *Teología de la liturgia*. Vol. XI, *Obras completas*. Madrid: BAC, 2012, 149.

<sup>68</sup> Ratzinger. “Ministerio y vida”, 167. Greshake (2003). 129, 133-134.

<sup>69</sup> Yves-Marie Congar. *Sacerdocio y laicado*. Barcelona: Estela, 1964, 100ss. Dionisio Borobio. *Ministerio sacerdotal. Ministerios laicales*. Bilbao: Desclee de Brouwer, 1982, 251. Edward Schillebeeckx. *El ministerio eclesial. Responsables en la comunidad cristiana*. Madrid: Cristiandad, 1983, 28. W. Kasper. “Ser y misión del sacerdote”. *Selecciones de Teología* 75 (1980): 245-246.

nos habla aquí de cómo ha de entenderse, posteriormente, el ministerio apostólico. En efecto, si los apóstoles han de representar a Cristo, y ellos no actúan por su propia cuenta, tendremos que remitir el fundamento esencial de su ministerio al acto mismo de envío de Jesús por parte del Padre. En este eje que es Cristo (enviado y «enviante») encuentra sentido también el ministerio de la representación sacramental<sup>70</sup>. La misión de Cristo, enviado a evangelizar, se realiza por medio de palabras y signos, de tal manera que en la unión de unas y otros se concreta la evangelización. Los apóstoles (como enviados por el Señor) y sus sucesores en el ministerio (igualmente enviados) reciben esta misión de evangelizar, cuyo contenido tendrá que ver con el anuncio de la Palabra. Pero este contenido se despliega luego en el sacramento, que es la encarnación de la Palabra en nuestro mundo. Evangelizar consiste, entonces, tanto en la predicación de la Buena Noticia como en el sacramento en que ésta cristaliza<sup>71</sup>. El sacerdote ejerce su representación concreta como anunciador de la Palabra, pero Palabra encarnada-sacramento.

«La finalidad específica de la venida de Jesús se encuentra en torno al *anuncio del Reino de Dios*; este anuncio será la prioridad determinante de sus servidores. Hay que reparar en el hecho de que Jesús anunciaba el Reino con parábolas y con signos que indican a los hombres el poder del Reino. La palabra y el signo resultan así inseparables en una correspondencia “sacramental”»<sup>72</sup>.

Greshake se acerca a este punto de la representación (la forma concreta de ejercer el ministerio desde el acento sobre alguno de los tres oficios propios) con una breve panorámica sobre los distintos modelos propuestos. Pero mientras que acoge la importancia de la predicación de la palabra tal como Ratzinger propone, para él la representación sacramental de Cristo será tanto más fiel cuanto el sacerdote, aun admitiendo como más marcado alguno de los tres polos de atracción, sepa conjugar los tres en la unidad que se ha dado en Cristo. En otras palabras, Greshake afirma que la representación sacramental de Cristo se manifiesta, sobre todo, en la encarnación personalísima de un encargo concreto, sin renunciar a la unidad de la triple tarea, y en un continuo remitir al ministerio de Cristo:

---

<sup>70</sup> Ratzinger. “La esencia del sacerdocio”, 7-16.

<sup>71</sup> Ratzinger. “Ministerio y vida”, 164.

<sup>72</sup> Santiago Madrigal. *Iglesia es Caritas. La eclesiología teológica de Joseph Ratzinger-Benedicto XVI*. Santander: Sal Terrae, 2008, 430.

«Por muy importante que pueda ser el desempeño de tareas rectoras y de tareas especializadas, sin embargo el sacerdote —o el obispo— encargado de ellas está obligado y sigue estando obligado hacia la totalidad de su misión ministerial. Pues el ministerio sacerdotal es una totalidad con fisonomía propia que, como tal, remite a la fisonomía de Jesucristo»<sup>73</sup>.

En general, con algunos matices, la representación sacramental de Cristo por parte del sacerdote se expresa en términos coincidentes, en alguna ocasión utilizando distinto argumento, pero con una comprensión similar sobre lo que significa el ministerio como representación de Cristo: servicio al representado, que implica disposición de la persona para obrar en su nombre y realizar el triple oficio ministerial, prestando las capacidades personales y remitiendo continuamente al Señor Jesús, con quien se ha configurado interiormente.

Pero, como indicábamos anteriormente, donde más diferencia se encuentra con respecto a la representación sacramental tiene que ver con la representación de la Iglesia. En primer lugar, porque hay una gran diferencia de tratamiento sobre este aspecto entre uno y otro. Mientras que para Greshake esta representación eclesial está al nivel de la cristológica (y habla entonces de una doble representación), para Ratzinger tal representación es más bien una derivación de la primera, la cristológica. O al menos sí que ocupa un espacio menor en el desarrollo del profesor bávaro, cuya reflexión al respecto se centra en el ministerio que desarrolla el sacerdote en el seno de la comunidad cristiana insertándose en la obediencia de la fe eclesial a través de la obediencia concreta al obispo (en el caso del presbítero) y al colegio episcopal (en el caso del obispo)<sup>74</sup>.

La postura de Greshake con respecto a este particular es más ambiciosa y se distancia de la posición de Ratzinger. Para él no hay dudas de que el ministerio implica también una representación eclesial. No solamente porque el ministro desempeñe su papel primeramente ante la Iglesia, sino porque también ella interviene en la designación del sujeto. La palabra del ministro, cuando habla, es palabra autorizada<sup>75</sup>. Su eficacia proviene no solamente de la representación cristológica, sino también de

---

<sup>73</sup> Greshake (2003), 246-253.

<sup>74</sup> Ratzinger. "Ministerio y vida", 172ss.

<sup>75</sup> S. Pie-Ninot. "El sacerdote, testigo de la fe de la Iglesia". *Scripta Theologica* 22 (1990): 486.

la representación eclesial. Si el sentido del ministerio tiene que ver con la continuación del plan salvador de Cristo, sin la raíz de la vinculación con la *ecclesia* la eficacia de las acciones salvíficas que lleva adelante el ministro queda comprometida. Partiendo desde la figura de la personalidad corporativa de la antigüedad y pasando por algunos textos del Nuevo Testamento, de los Padres y de la teología escolástica, indica que sólo a partir de Trento esta doctrina de la doble representación quedaría oscurecida. Sería en el magisterio de Pío XII y finalmente el Vaticano II (con el binomio «representante de Cristo/en nombre de todo el pueblo» de LG 10) cuando se recobrara la idea del ministro como representante de Cristo y de la Iglesia.

Pero tal vez sea la fundamentación trinitaria la que ofrezca una novedad más radical para explicar su postura. Mientras que Ratzinger sitúa el aspecto trinitario en el terreno de la colegialidad (al hablar del ministerio espiritual y la unidad de la Iglesia en su diversidad), Greshake afronta este punto desde las misiones trinitarias, en relación con las cuales hay que situar el ministerio eclesial. Cristología y pneumatología adquieren aquí una nueva significación en referencia a la Iglesia y al sacerdote, que como enviado de Cristo encuentra su espacio vital en el *corpus* eclesial que ha congregado el Espíritu. Así, el ministro, a la vez que ejerce la autoridad de Cristo hacia la Iglesia<sup>76</sup>, favorece la comunión de la misma en su dinamismo interno, comunión que es obra del Espíritu del Señor y que él mismo encarna en su persona<sup>77</sup>. De esta manera convergen en el ministerio tanto el movimiento «descendente» desde el Padre hacia la Iglesia (a través del envío del Hijo y de la acción de éste sobre ella a través de la persona del ministro) cuanto la respuesta «ascendente» de la Iglesia que, congregada en el Espíritu y animada por él, ofrece al Padre su alabanza a través del ministerio eclesial. Aunque Greshake no tiene intención de desarrollar la dimensión pneumatológica del ministerio ordenado, lo cierto es que lo sitúa con claridad en esta perspectiva. Su propósito, de carácter marcadamente trinitario, es ubicar la representación eclesial que realiza el ministro en relación con la dimensión trinitaria de

---

<sup>76</sup> «En razón de esta ubicación eclesial y comunitaria, el presbítero aparece dotado de una autoridad inherente al ejercicio de sus tareas peculiares. No se trata de una autoridad propia ni autónoma, resultado de una escalada personal o de una conquista progresiva, sino de una autoridad que remite sacramentalmente a la autoridad (“exousía”) del mismo Cristo». Del Cura. “En la fuerza del Espíritu Santo”, 87.

<sup>77</sup> Greshake (2003), 161-163.

la Iglesia. En la disposición de estos elementos —que evocan ciertamente la teología escolástica de las «apropiaciones» trinitarias— se condensa una comprensión ministerial que permite rápidamente señalar un aspecto muchas veces olvidado: la dimensión pneumatológica del ministerio. Si bien Greshake lo señala como parte de otra reflexión (en torno a la representación eclesial), su indicación es igualmente válida en la teología del sacerdocio. Es la acción del Espíritu la que lo convierte en ministro ordenado y la que le hace representar a Cristo y a la Iglesia. En opinión de nuestro autor, será también la Iglesia, congregada y animada interiormente en el Espíritu, la que se haga representar por medio del ministro para ofrecerse al Padre.

Lo dicho hasta el momento creo que nos ofrece algunas implicaciones para la comprensión y realización del ministerio en la actualidad. La representación sacramental no puede darse sin más como una realidad pasiva en la persona del ministro, sino que debe manifestarse en una forma que permita a la comunidad cristiana reconocer en él al que es Cabeza de todo el Cuerpo. Así, quisiéramos señalar tres aspectos de la representación sacramental que de alguna manera se derivan del discurso que hemos seguido hasta ahora:

- *La alteridad continua*. Tanto Ratzinger como Greshake señalan en sus escritos la radical expropiación que se da en la persona del ministro: no yo, sino Él. Este señalamiento del Bautista permite que el discípulo de Jesús pueda fijar su mirada no en el sacerdote ni en sus capacidades o limitaciones, sino en el que es el único Sacerdote de cuya función participan los ministros ordenados. Remitir al Otro constantemente parece ser una tarea que muchas veces se olvida en una sociedad que prima, sobre todo, el despegue personal, la magnificación del yo, un cierto «endiosamiento» del individuo. La representación sacramental no se puede dar donde el representado se convierte en el «opacado». ¿Cómo se puede pasar de la imagen de un sacerdote que se vuelve en cierta manera «autorreferencial» a la realidad de Cristo que opera a través de él? Cuando se pierde de vista el aspecto basal de la representación, poco a poco se difumina también el contenido de la misma. Ciertamente, no hasta el punto de hacer ineficaz la acción de Cristo, pero sí para no ser reconocido por la comunidad cristiana como el «siervo» que está a disposición de su Señor. Como en un equilibrio roto de vasos comunicantes, en la medida en que mengua

el ministro resplandece más claramente Cristo; pero también al contrario: en tanto en cuanto el sacerdote quiera hacerse más visible, más significativo y más central en la vida de la comunidad, más difícilmente cumplirá con la dimensión representativa que es inherente a su ministerio. De esta manera el ministro debe una y otra vez ajustar sus palabras, sus expresiones, sus sentimientos y sus acciones a la vida de Cristo, porque la representación exige también este esfuerzo hacia el que impulsa la gracia sacramental. En la medida en que por la fuerza del Espíritu sepa ir dejando paso al Señor, su representación se volverá cada vez más idónea y cónsona con la misión para la que la Iglesia le ha llamado.

- *El sufrimiento apostólico*. Hacer presente a Cristo implica también un hacer presente su padecimiento. El grano de trigo que ha dado fruto es Cristo mismo, que en su Pascua ha llevado a plenitud su obra en el mundo. El Siervo sufriente ha engendrado a la Iglesia entregándose a sí mismo por ella. El apóstol Pablo entiende en esta misma clave el ministerio: hacer presente el morir de Cristo en el propio cuerpo, asumiendo los sufrimientos del Señor para alumbrar así la comunidad del Resucitado<sup>78</sup>. Una imagen sacerdotal en la que el ministro se presente como un «superapóstol», como un hombre triunfante, desdice la realidad que está llamado a hacer presente: la del Crucificado que muere para dar vida. El ministerio que quiere ser verdaderamente expresión de un servicio al Hijo de Dios encarnado ha de asumir también el aspecto formal de aquél que es *despreciado de los hombres*, que no tiene donde reclinar la cabeza y que asume la cruz libremente, no empujado por nadie. Esto significa, a la postre, que el cansancio, una cierta sensación de fracaso o la impotencia ante la falta de resultados en la misión que se ha recibido por encargo no son ajenos al ministerio. El sufrimiento del apóstol hace también presente al Cristo humillado y escarnecido con el que se ha de compartir destino en la germinación del Reino. «Es ahí, y no en el éxito, donde puede decir realmente aquella otra expresión paulina de que “ya no soy yo, sino que es Cristo quien vive en mí”»<sup>79</sup>.

---

<sup>78</sup> Santiago Guijarro. *Servidores de Dios y esclavos vuestros. La primera reflexión cristiana sobre el ministerio*. Salamanca: Sígueme, 2013, 95-99.

<sup>79</sup> A. Cordovilla. “La belleza de ser sacerdote en la cultura actual”. *Seminarios* 62, n.º 217 (2016): 127.

- *Las relaciones constituyentes.* La misión de Cristo no puede desvincularse de su relación con el Padre, que lo envía, ni del Espíritu, que lo asiste y mueve. El mismo Señor guarda relación con sus apóstoles y discípulos, con el mundo al que es enviado para anunciar la Buena Noticia. Sin querer hacer paralelismos alambicados, es obvio que también el sacerdote está conformado por unas relaciones que son constituyentes en su ministerio. Guarda una relación fundante con las Personas trinitarias. También su ministerio está en relación directa con el obispo y con sus hermanos presbíteros, en cuyo colegio se inserta y con los que comparte la responsabilidad de la iglesia local como ayuda al obispo diocesano. Enviado a servir a esta misma Iglesia, establece una relación de entrega a la comunidad sobre todo en el anuncio de la Palabra y en la administración de los sacramentos bajo el signo de la caridad pastoral. Por el impulso evangelizador y por la atención a todo hombre sufriente, la vinculación con el mundo forma parte también de esta red de relaciones en las que se desarrolla la vida y ministerio del sacerdote. En cierta manera, la representación sacramental también está llamada a transparentar así las relaciones de Cristo. El ministerio concreto del presbítero no puede obviar los lazos que han marcado la vida de Cristo, porque también ellos forman parte del ser sacerdotal del Señor: procedencia, convivencia, misión compartida. En la medida en que el presbítero desestima alguna de estas relaciones deja de hacer presente un aspecto teológicamente nuclear del ser de Cristo y, por ende, de su propio ser.

#### 4. A MODO DE CONCLUSIÓN

La comprensión de Ratzinger y la de Greshake acerca de la representación sacramental difieren en la forma de abordar, sobre todo, el aspecto eclesiológico. A lo largo de las páginas precedentes hemos podido acercarnos a la postura de uno y otro, coincidente en términos generales en lo que se refiere a la representación de Cristo, pero divergentes en el tratamiento de la representación de la Iglesia. Fundamentalmente, porque Ratzinger no aborda en el mismo grado este segundo componente. Al ser un aspecto menos desarrollado en su teología del ministerio, no

podemos decir sin más que su posición sea contraria a la de Greshake, pero sí es cierto que el silencio nos invita a pensar que el profesor bávaro no entiende la representación de la Iglesia como aspecto nuclear del ministerio, sino más bien como una derivación de la representación de Cristo. Otorgando la primacía de la representación al aspecto cristológico, aparece con mayor claridad la centralidad que ocupa en su pensamiento el término «evangelizar», verdadero núcleo del sacerdocio según Ratzinger. Es Cristo el enviado que evangeliza, entendiendo tal evangelización como conjunción de anuncio de la palabra y celebración de los sacramentos (Palabra encarnada). En su estructura lógica, no es la Iglesia la que se da a sí misma esta evangelización, sino que es el sacerdote el que viene a ella, haciendo presente al Señor, para evangelizarla. Al tomar en cuenta Ratzinger la membresía eclesial del ministro y el actuar *in nomine Ecclesiae*, orienta su consideración hacia la «obediencia» a la fe eclesial, que precede al ministro concreto y que lo sumerge en la realidad profunda del Cuerpo de Cristo.

El pensamiento de Greshake sí trata armónicamente ambas representaciones, situándolas en el mismo nivel de importancia, de tal manera que habla sin ambages de una «doble representación» como núcleo teológico del sacerdocio. A favor de su opinión juega el hecho de haber expuesto equilibradamente ambas representaciones. También el recorrido histórico sobre la importancia de la representación eclesial del ministro en su persona. Es novedosa su argumentación trinitaria, por la que expone que en el ministerio sacerdotal coinciden: el envío del Padre y el ofrecimiento al Padre, el ejercicio de la autoridad de Cristo que convoca y apacienta a su Iglesia y la acción del Espíritu que instauro la comunión entre sus miembros para ofrecerse al Padre y que a la vez se saben representados en el ministro.

Pero hay un elemento más y que nos parece aún más clarificador de que la representación sacramental del sacerdote tiene un tratamiento todavía más profundo en las comprensiones de nuestros dos autores. Y digo más profundo aunque pudiera parecer más superficial o exterior. Tanto Ratzinger como Greshake han querido, en todo momento, detenerse en el ejercicio concreto del ministerio, y esto es algo que no se puede pasar por alto. Al final, uno y otro se han tenido que referir a un ministro que se sabe que no actúa ni por su capacidad ni por su valía, que no es dueño de aquello que realiza, que no acapara lo que ofrece y que no se presenta como el que es, sino como el que no es. Tal consideración, recogida en

ambos, no es fruto de una síntesis piadosa o bienintencionada sin más propósito que proponer un estilo de vida concreto a los sacerdotes. La razón de esta referencia concreta a la forma en que se desarrolla el sacerdocio y a la forma en que se es sacerdote tiene una estructura, a nuestro parecer, más nuclear: sólo se «es» sacerdote en la correspondencia a la exigencia intrínseca del sacramento. Ratzinger indicaba que situarse en una concepción autónoma del ministerio implicaría sacrificar el sacerdocio cristiano para sustituirlo por el precristiano y, por eso mismo, anticristiano<sup>80</sup>. De la misma manera, el ministerio que se sitúa fuera del «nosotros» eclesial, de la comunión de la comunidad cristiana, deliberadamente priva al ministerio de una «estructura esencial» del mismo, con lo que convendría preguntarnos si acaso esta privación no nos está remitiendo a la misma «invalidez» que advertía Greshake cuando defendía la comprensión histórica acerca de la representación eclesial.

Sin llegar a una identificación sin más de ambas comprensiones, vemos que en la concreción práctica del ministerio ha de manifestarse la comprensión dogmática del mismo. Y tal comprensión pasa por una realidad de orden sacramental que remite siempre en el sacerdote más allá de sí mismo. A esto apuntan Joseph Ratzinger y Gisbert Greshake, el primero indicando que a lo que remite el ministerio es a Cristo y, en Él, a la Iglesia; el segundo afirmando que remite por igual al Señor y a su Cuerpo. La representación sacramental no solamente posibilita la correcta articulación del «en-sí» sacerdotal (o su dimensión cristológica) y la realización existencial en la persona del ministro (o su dimensión pneumatológica), sino que también la exige. En esta tesitura se sitúa la reflexión de los dos sobre el ministerio sacerdotal que, como hemos visto, entraña unas implicaciones básicas en el ser y en el ejercicio actual del presbiterado.

## REFERENCIAS

Agustín, San. *Tratados sobre el Evangelio de San Juan (1.ª): 1-35*. Vol. XIII, *Obras completas*. Madrid: BAC, 1955.

Arnau, Ramón. *Orden y ministerios*. Madrid: BAC, 1995.

Blanco, Pablo. "Sacerdocio y apostolicidad. Notas sobre el ministerio en Joseph Ratzinger". *Scripta Theologica* 42 (2010): 641-663.

---

<sup>80</sup> Ratzinger. "La cuestión del sentido", 337.

- Borobio, Dionisio. *Ministerio sacerdotal. Ministerios laicales*. Bilbao: Desclee de Brouwer, 1982.
- Brown, Raymond. "Episkope y episkopos: ¿qué dice el Nuevo Testamento?". *Selecciones de Teología* 21, n.º 84 (1982): 244-256.
- Congar, Yves-Marie. *Sacerdocio y laicado*. Barcelona: Estela, 1964.
- Congar, Yves-Marie. *Ministerios y comunión eclesial*. Madrid: Fax, 1973.
- Cordovilla, Ángel. "La belleza de ser sacerdote en la cultura actual". *Seminarios* 62, n.º 217 (2016): 121-131. <https://doi.org/10.52039/seminarios.v62i217.129>
- Cura, Santiago del. "En la fuerza del Espíritu Santo: dinamismo pneumatológico y espiritualidad sacerdotal". *Theologica* 45, n.º 1 (2010): 59-92.
- Dianich, Severino. *Teología del ministerio ordenado. Una interpretación eclesiológica*. Madrid: Ediciones Paulinas, 1988.
- Greshake, Gisbert. "Ser padre numa Igreja em transformação". *Theologica* 45, n.º 1 (2010): 29-44.
- Greshake, Gisbert. *Ser sacerdote*. Salamanca: Sígueme, 1998.
- Greshake, Gisbert. *Ser sacerdote hoy*. Salamanca: Sígueme, 2003.
- Guijarro, Santiago. *Servidores de Dios y esclavos vuestros. La primera reflexión cristiana sobre el ministerio*. Salamanca: Sígueme, 2013.
- Heidegger, Martin. *Carta sobre el humanismo*. 4.ª ed. Madrid: Alianza Editorial, 2006.
- Hernández Martínez, J. M. "La teología de ministerio ordenado hoy entre Escila y Caribdis". *Proyección: Teología y mundo actual* 237 (2010): 157-173.
- Kasper, Walter. "Tesis sobre el ministerio sacerdotal". *Selecciones de Teología* 11, n.º 43 (1972): 293-295.
- Kasper, Walter. *La unidad en Jesucristo. Escritos de ecumenismo II*. Santander: Sal Terrae, 2016.
- Kasper, Walter. "Ser y misión del sacerdote". *Selecciones de Teología* 19, n.º 75 (1980): 243-251.
- Madrigal, Santiago. *Iglesia es Caritas. La eclesiología teológica de Joseph Ratzinger-Benedicto XVI*. Santander: Sal Terrae, 2008.
- Pie-Ninot, Salvador. "El sacerdote, testigo de la fe de la Iglesia". *Scripta Theologica* 22 (1990): 477-514.
- Ponce Cuéllar, Manuel. "El fundamento cristológico del sacerdocio ministerial". *Scripta Theologica* 52, n.º 2 (2020): 465-490. <https://doi.org/10.15581/006.52.2.465-490>

- Rahner, Karl. *Siervos de Cristo. Meditaciones en torno al sacerdocio*. Barcelona: Herder, 1969.
- Ratzinger, Joseph. *Teoría de los principios teológicos. Materiales para una teología fundamental*. Barcelona: Herder, 1985.
- Ratzinger, Joseph. *Introducción al cristianismo*. 9.<sup>a</sup> ed. Salamanca: Sígueme, 2001.
- Ratzinger, Joseph. *Convocados en el camino de la fe*. Madrid: Cristiandad, 2004.
- Ratzinger, Joseph. *Predicadores de la palabra y servidores de vuestra alegría*. Vol. XII, *Obras completas*. Madrid: BAC, 2014.
- Ratzinger, Joseph. *Teología de la liturgia*. Vol. XI, *Obras completas*. Madrid: BAC, 2012.
- Ruddy, Christopher. "‘For the Many’: The Vicarious-Representative, Heart of Joseph Ratzinger’s Theology". *Theological Studies* 75, n.º 3 (2014): 564-584. <https://doi.org/10.1177%2F0040563914538723>
- Schillebeeckx, Edward. *El ministerio eclesial. Responsables en la comunidad cristiana*. Madrid: Cristiandad, 1983.